

# PAÍSES INHÓSPITOS, PAÍSES HOSPITALARIOS (O DE CÓMO IMAGINAMOS EL LUGAR DE LOS INMIGRANTES EN COSTA RICA)\*

Alexander Jiménez Matarrita

## 1.

Hay poderosas razones para exigir que nuestro país sea hospitalario. Una de ellas es el orgullo; uno puede sentirse honrado de habitar un país que elige la hospitalidad como una forma de tratar a los inmigrantes, sobre todo a los pobres que son la mayoría y viajan esperanzados en ser bien recibidos y poder disfrutar de una vida buena, a la que tienen derecho. No hay forma de sentirse orgullo de una sociedad inhóspita y agresiva con quienes llegan a habitar en medio de ella y, antes de dañarla, la enriquecen con su presencia y su trabajo.

Otra razón para exigir que sea un país hospitalario es el futuro de los hijos y la historia. Nuestros hijos y nietos estarán mezclados y entrelazados en los próximos años, con los hijos y los nietos de quienes ahora están llegando a Costa Rica desde otros países, así como ocurrió en el pasado con nuestros abuelos y padres. Por eso y porque ellos son quienes seguirán sosteniendo nuestra economía, nuestro trabajo, nuestras instituciones, nuestra cultura; debemos tratarlos como a quienes tienen un rostro humano y van a compartir con nosotros este incierto viaje por la vida. Tenemos que hospedarlos bien porque

---

\* Originalmente publicado en: *Revista Defensa Pública*, 4 (diciembre del 2005), pp. 108-116.

muy pronto ya no podremos distinguir entre ellos y nosotros, entre otras razones; el tiempo terminará convenciéndonos de que somos los mismos.

El cumplimiento de esa exigencia de hospitalidad no ocurrirá fácilmente, pues algunos procesos y tradiciones funcionan como poderosos obstáculos. Uno de ellos tiene una dimensión mundial y difícilmente podemos cambiarlo a corto plazo. Se trata de la sustitución global de los horizontes éticos de convivencia y de la colocación de la voracidad financiera y mercantil como modelo de las relaciones humanas. En efecto, no podemos esperar habitar sociedades hospitalarias, mientras las sociedades sean imaginadas y gobernadas como mercados, y los seres humanos como consumidores o pura fuerza laboral.

Hay también procesos locales también, los cuales impiden el cumplimiento del llamado a la hospitalidad y quizá se pueden revertir, de alguna manera. Uno de ellos tiene que ver con la construcción de imaginarios nacionales inhóspitos, xenófobos y narcisistas. Nuestras formas de imaginar a los extranjeros y de imaginarnos a nosotros mismos tienen consecuencias no siempre deseables. Una de las más peligrosas tiene que ver con la voluntad de imaginarnos como un mundo excepcional, habitado por gente blanca, y aislado de las historias y los procesos de los países vecinos.

Distintos intelectuales costarricenses y extranjeros, desde el siglo XIX, han explicado el supuesto lugar excepcional de la sociedad costarricense en la región gracias a su condición de sociedad blanca o étnicamente homogénea<sup>1</sup> y diversas estrategias narrativas y ciertas políticas estatales fueron utilizadas en la historia de Costa Rica, para convencer o reforzar las

creencias sociales. De manera especial, se tomaron medidas orientadas a marcar fronteras migratorias y de población; algunos grupos raciales tuvieron prohibida la entrada al territorio nacional y otros que ya estaban dentro, como indígenas y afrodescendientes, no entraban en la historia nacional.

Frente a imaginarios de este tipo, para ser un país hospitalario se necesita reconocer que Costa Rica es un Estado étnica y culturalmente plural; se debe seguir imaginando como crear las mejores condiciones para acoger e integrar de manera pluralista a los inmigrantes internacionales, y preferir las imaginaciones generosas y hospitalarias a las imaginaciones nacionalistas e inhóspitas.

---

1 He analizado el trabajo de estos intelectuales y el poder de la metáfora de la blanquitud (2002).

No es posible desarrollar todas las consecuencias de estas tesis en un breve artículo, pero, aunque solo se esbozen prevalece la certeza de que esas tesis contribuyen a fortalecer la voluntad de ser un país democrático y hospitalario.

## 2.

Muchas cuestiones complejas relacionadas con la recepción de inmigrantes están cada vez más presentes en las conversaciones cotidianas y en el debate público costarricense; algunas veces, son las enfrentadas como dilemas subjetivos, es decir, como casos difíciles que cada uno debe enfrentar a título personal. Otras veces, los dilemas son para las instituciones que han de decidir la forma como utilizar sus recursos, a sabiendas de que su elección terminará afectando voluntaria o involuntariamente a alguien.<sup>2</sup>

Esos dilemas que se viven de manera subjetiva, en relación con los inmigrantes y con quienes resultan culturalmente extraños, no tienen solución o quizá se deba reconocer que no hemos imaginado respuestas razonables para ellos. Aunque en este país hay ya varios estudios valiosos que intentan imaginar formas racionales de enfrentar a los desafíos que supone la llegada de inmigrantes internacionales a Costa Rica. La gente, a menudo, siguiendo intuiciones e intereses difíciles racionalizar y de explicar.<sup>3</sup>

Algunos deciden ayudar a desconocidos venidos de otro país y en situaciones de necesidad, sin embargo, no necesariamente actúan respondiendo a un claro principio moral o político; con frecuencia, la generosidad, como la honradez, no necesita reglas claras. La gente actúa y sostiene la vida de los necesitados sin que eso suponga que han debido pensarlo mucho; a menudo, lo único que funciona es la intuición de que algo se debe hacer en favor de otros seres humanos.

Igualmente, algunos actúan con crueldad, avaricia, o mezquindad, ante los requerimientos de extranjeros pobres, pero no siempre comprenden las razones de su acción. Quizá algunos puedan dar pistas, pues intuyen que el proyecto de su vida consiste en competir y

---

2 Para ampliar la noción de dilema moral y su vínculo con la esfera pública, recomiendo el estudio de María Teresa López de la Vieja (2001).

3 En Costa Rica se publicó, en el año 2002, un libro fundamental para comprender la importancia que han tenido Nicaragua y los nicaragüenses en la construcción de las identidades nacionales costarricenses. Se trata del libro de Carlos Sandoval (2002). Asimismo, algunos jefes medios del Ministerio de Trabajo han aportado datos e interpretaciones, además de propuestas para elaborar políticas públicas relacionadas con la migración. No podemos olvidar la significativa labor de la Iglesia Católica, sobre todo en ciertas zonas de Costa Rica. Información relevante también puede ser encontrada en El Estado de la Nación.

ganar a toda costa. Han sido adiestrados para eso y cuando actúan saben bien lo que quieren, han decidido abandonar cualquier tipo de consideración moral hacia los otros cuando están en juego sus ganancias. Hay muchos que, cuando han debido dar cuenta de sus actos, han argumentado no saber bien lo que hacían y por qué lo hacían. Nuestra estructural complejidad subjetiva hace que, a menudo, respondamos a oscuros mandatos del corazón. No obstante, se puede ganar mucho si se esclarecen prejuicios y si delinean cursos de acción que puedan ayudarnos a construir una sociedad democrática y decente, aún dentro de esta complejidad. Hemos de imaginar una sociedad en la cual el respeto por los derechos humanos de los extranjeros y los extraños no dependa de la buena o mala fortuna de caer en manos de voraces empresarios o de no tener ciertas nacionalidades o ciertas formas de vida.

### 3.

Es preciso recordar algo muy obvio y sin embargo a menudo olvidado, es el hecho de que los inmigrantes llegados desde un país a otro son siempre personas singulares, sujetos individuales con una historia humana y personal a cuestas. Ellos no representan ni son absolutamente responsables de las culturas o formas de vida, desde las cuales han llegado, por tanto, no tienen por qué responder ante los posibles reclamos que los países, sobre todo cuando son vecinos, no cesan de hacerse. Ellos son solo seres humanos singulares y no son responsables de decisiones, conflictos o desacuerdos militares, económicos, políticos o culturales, producidos por o entre los países; particularmente, cuando son inmigrantes pobres, y como la mayoría de inmigrantes en el mundo, cuyo único pecado es tener la misma nacionalidad de quienes toman las decisiones o se enriquecen con las guerras y las tragedias.

Los inmigrantes son siempre personas, no abstracciones, aun cuando lleguen acompañados y sean muchos. Casi siempre se habla de los inmigrantes con generalizaciones apresuradas e irresponsables; se confunden sus específicos rasgos subjetivos con los prejuicios construidos o repetidos acerca de las sociedades de las cuales proceden. Se les atribuye lo que ni siquiera es atribuible del grupo al cual pertenecían. Esto ocurre en varios sentidos. Aquellos que llegan de sociedades opulentas parecen necesariamente exquisitos y deseables; quienes provienen de sociedades destruidas o desintegradas parecen peligrosos e indeseables. Sin embargo, no se puede sacar ninguna conclusión absoluta acerca de la integridad moral, la racionalidad o la espiritualidad de una persona, usando como único criterio su nacionalidad.

No hay derecho a despreciar lo que se ignora. Por eso, no está bien tratar a ciertos extranjeros como reyes y a otros como criminales,

solo por su nacionalidad. Un Estado decente trata decentemente a sus huéspedes y exige que traten de igual forma a sus ciudadanos, cuando estén en otra parte. Este mundo necesita sociedades empeñadas en practicar el principio de igualdad y en combatir imaginaciones perversas.

#### 4.

Se puede imaginar a los inmigrantes, en el mejor de los casos, como la principal causa de una aparente nueva pluralidad y complejidad de la sociedad que los acoge; en el peor de los casos, se les atribuye la responsabilidad de todo el daño o el mal que se enfrenta. En uno o en otro caso, se piensa que nuestros países serían simples y unitarios si no vinieran extranjeros y gentes extrañas a complicarlos o a destruirlos; pero la realidad no es tan sencilla ni se explica tan fácilmente. Las sociedades modernas están marcadas estructuralmente por la diversidad y la pluralidad, y a esta condición intrínseca de las sociedades modernas se le ha llamado el hecho del pluralismo.<sup>4</sup>

La suposición, según la cual los inmigrantes son los responsables de la desorganización y desintegración de los países donde son recibidos, no cuenta con evidencias contundentes en su favor. Hay varias razones para atribuir tales desórdenes y carencias tanto a una pésima articulación de la pluralidad y complejidad típica de las sociedades modernas como a modelos políticos y económicos, en el contexto contemporáneo, cuyo principal criterio ético es contribuir con los buenos negocios de unos cuantos.

Los países tendrían sus propios desórdenes, carencias, diferencias, desigualdades y peligros, aun cuando no llegara nadie de otra parte. Una sociedad que solo sea habitada por nacionales no garantiza que esté a salvo de nada. De hecho, el daño que ha producido, en la Costa Rica de los últimos años, una densa y siniestra red de empresarios y políticos costarricenses es inestimable.

Los inmigrantes ciertamente logran, de alguna manera, transformar el mundo al cual llegan, quizá eso sea lo que lleva a pensar que ellos llegan a complicar su mundo y terminarán fragmentando su orden normal. Sin embargo, aun concediendo esto, conviene recordar el poder que tienen los extranjeros para enriquecer la vida de quienes han vivido siempre aquí y desconocen la existencia de otras formas de vida, otros santuarios, alimentos, peligros y placeres.

Algunos extranjeros traen a cuevas historias deslumbrantes, muchos ayudarán a sostener al país que los recibe; de hecho, los nicara-güenses en Costa Rica ya lo están haciendo y, sin duda, lo harán en el

---

4 Véase John Rawls (2001).

futuro. Así lo demuestran economistas e investigadores de las tendencias del crecimiento y las necesidades laborales y productivas del país.

El proceso de degradación de la vida política y social de este país no puede ser explicado mediante la llegada significativa de inmigrantes internacionales durante los últimos años. No se puede olvidar la existencia de algunos banqueros, empresarios y políticos nacionales con un enorme talento para el desfalco, la evasión fiscal y la rapiña para poder explicarnos el desmantelamiento de nuestro Estado y de nuestra calidad de vida. Este país está cansado de ser gobernado por gente sospechosa.

Frente a estos contextos de crisis y desencanto político, se debe evitar el rebrote de una cierta forma de patriotismo de las banderas y que supone un llamado emocional a identificarse con la patria y los símbolos de la nacionalidad. Este, a menudo, provoca reacciones irracionales y agresivas como las de suponer que se es un barco a la deriva por llevar pasajeros extranjeros; se ha de imaginar como un patriotismo de la solidaridad, la justicia y la hospitalidad. La lealtad a instituciones que propicien una vida social equitativa y pluralista puede ser lo único que permita conservar lo que se había venido ganando como sociedad.

## 5.

El criterio fundamental para responder a las preguntas suscitadas por la inmigración suele ser el criterio económico; pero, en el fondo, se trata de dilemas morales, asuntos relacionados con la equidad, la dignidad, la solidaridad y la hospitalidad. ¿Qué hacer en tiempos de escasez y penurias? ¿A qué estamos moralmente obligados cuando nuestros hijos, padres o hermanos no tienen con qué alimentarse y vivir? ¿Debemos un respeto sagrado a la propiedad y los bienes de los demás y, por lo tanto, hemos de resignarnos a ver morir de hambre a los nuestros? ¿Deberíamos correr el riesgo de ser encarcelados por buscar comida en cualquier parte para alimentar a nuestra propia gente? En condiciones de penuria y escasez ¿uno ha de acompañar a la familia en el infortunio o ha de arriesgarse e irse a otra parte? Si uno se va a otra parte ¿qué hacer? ¿quedarse para siempre en un nuevo país y convertirse de alguna manera en otra persona, en otro ser? O ¿vivir en tierra extraña sin afirmarnos nunca en ella para sostener así la débil llama del regreso?

Desde países extranjeros, la gente sigue sosteniendo a sus hermanos y busca lo que uno quiere siempre para aquellos a quienes ama: que tengan oportunidades, que no estén condenados a la desdicha. Viejas mujeres lloran y dicen “no quiero que mis hijos se vayan de mi casa”. Saben que si se van los perderán; pero saben también que si sus

hijos no se van quizá todo empeore. Siempre dicen: “tal vez en otra parte”, “tal vez haya otra parte a donde ir”. Y cuando lo dicen, con su voz dolorida y esperanzada, repiten un gesto milenario de los seres humanos. Cuando llega la hora de enfrentar las consecuencias de los desastres, de algún lado se saca algo que es digno de admiración: la pasión por vivir, el deseo por no derrumbarse, la esperanza de tener abierto el futuro, aun cuando sea para vivirlo bajo otro cielo y en otra parte.

Algunos salen y consiguen reconstruir su historia, aunque solo sea a medias; pero otros no lo logran nunca; reconocen que no son de aquí, de Costa Rica, pero en el fondo también reconoce que ya no son del lugar de donde proceden. Este es el drama de los inmigrantes involuntarios: la sociedad de acogida les reclama haber llegado y las sociedades de origen les reclaman haber salido.

Millones de personas fuera de su hogar y su tierra no han elegido esa condición de inmigrantes, exiliados o refugiados. Seguramente, si hubieran tenido la oportunidad de escoger, no habrían salido y, dadas las experiencias en los países de acogida, si pudieran elegir regresar inmediatamente a sus países de origen lo harían.

La gente no debería estar condenada a no salir nunca de su tierra. Obviamente, salir de un país no constituye necesariamente un peligro, como tampoco es una garantía quedarse en él. Es claro que no es una amenaza e incluso es una experiencia deseable poder viajar a mundos desconocidos. No quedarse adheridos a un lugar ni a un único cielo como los moluscos a su concha o los fanáticos a sus pobres creencias, parece una práctica deseable; pero aquí no se trata de esa aspiración que pueden cumplir solo unos cuantos, por cierto, muy bien acomodados, sino de la experiencia desgarradora de abandonar precipitada e involuntariamente un mundo.

De hecho, da la impresión de que las sociedades de acogida aprenden rápido a distinguir a los inmigrantes pobres y los imagina como el origen de las desgracias y las pestes. Los inmigrantes ricos son bienvenidos casi siempre, pues son imaginados como fundamento de prosperidades y riquezas para las elites y los negocios transnacionales.

No hace falta explicar las razones por las cuales la esperanza de encontrar una vida buena allí donde se va es, para los pobres, la mayoría de las veces defraudada. A tal punto esto es cierto que “ser un extraño” o “estar en tierra extraña” ha llegado a constituir un sinónimo de la desgracia o la infelicidad. Muchos de los pueblos, desde los cuales salieron miles o millones de personas, quienes fueron recibidos y bien tratados en tierra extraña, lo han olvidado con el tiempo les recetan cárcel, desprecio o expulsión, a quienes ahora llegan en busca de amparo.

La llegada de inmigrantes internacionales constituye un desafío político, social y económico, aparentemente nuevo (Kimlycka, 1996) para muchos países. Algunas de esas sociedades confiesan que están aterradas o, en el mejor de los casos, preocupadas por la cantidad y el tipo de inmigrantes que están recibiendo incesantemente. Algo de eso ha estado pasando últimamente en nuestro país.

Costa Rica ha sido tradicionalmente una tierra de asilo y una sociedad de acogida de inmigrantes, y debe seguir siéndolo. Sin embargo, los desafíos planteados por la inmigración no son sencillos para un país pobre y pequeño como Costa Rica los desafíos planteados por la inmigración no son sencillos. Es necesario pensar con cuidado y decidir un conjunto de políticas democráticas que permitan responder a esos desafíos, con generosidad y con prudencia; aunque esto no sea fácil hay que intentar hacerlo responsablemente, antes de decir que es imposible.

Hay una especie de exagerado sentimiento de pánico e incomodidad que no siempre se basa en una experiencia directa y más bien suele responder a ciertas informaciones alarmistas y poco fundamentadas. Esta preocupación puede y debe ser comprensible; la inmigración transforma características étnicas y tradiciones culturales. Además, puede producir incomodidades objetivas e imaginarias, pero detrás de muchos recelos y pánicos solo se esconde una pobreza moral que se deben intentar pensar y superar.

## 6.

La verdad es que son situaciones excepcionales, aunque se pueden confesar historias desagradables y trágicas con extraños. De hecho, la vida diaria de la mayoría de la gente se sostiene gracias a los actos de anónimos desconocidos.

Por ejemplo, en tiempos de penuria solo la solidaridad entre desconocidos permite comprender la supervivencia de los seres más empobrecidos. Si algunos pobres siguen alimentando a otros pobres, aun cuando no tengan más lazo entre ellos que el hambre y la necesidad, si la mayoría de los indigentes sobreviven a sociedades excluyentes y opresivas como las latinoamericanas, eso no sucede de milagro. Hay sobrevivencias que solo se explican por las redes de solidaridad y los lazos diarios, invisibles, que sostienen a los pobres aún frente a las embestidas de un sistema político y económico degradado y voraz.

La hospitalidad y la generosidad enriquecen la vida social y permiten transformar ciertas formas de la crueldad, aun cuando nada ni nadie nos obligue a ello. Solo ellas, junto a políticas justas y a marcos constitucionales democráticos, permiten sobreponerse a las condiciones humillantes y empobrecedoras de nuestras sociedades desiguales.



La forma como se acoge a extraños y a conocidos no es solo una reacción inmediata y ciega; es el desenlace de ciertos contextos en medio de los cuales se construye el significado de las acciones y las relaciones. En medio de esos contextos, es donde se aprende a ser hospitalario y solidario; también, a adoptar creencias y prácticas crueles y dañinas con los demás.<sup>5</sup>

Algunos prejuicios incitan a ser violentos y crueles con los extranjeros. La violencia de ciertos prejuicios tiene que ver con la renuencia a pensar, distinguir, analizar; es abandonarse a creencias muy peligrosas. Incluso se puede llegar a disfrutar enormemente con ellas. Uno de los prejuicios más crueles e inhóspitos quizá sea el “prejuicio nacional”, la creencia irracional según la cual los extraños a una nación y nacionalidad son enemigos potenciales, constituyen una amenaza o pueden ser maltratados, precisamente, por no ser uno de ese país.

Muchos de estos prejuicios obedecen a que se ha sido educado en formas de nacionalismo que hacen creer que la nacionalidad y la identidad nacional son esenciales para construir el sentido de un mundo propio, para actuar y relacionarse con otros.

## 7.

El término nacionalidad posee una ambigüedad esencial y peligrosa, a veces, es utilizada para designar la participación de un sujeto en una cultura y una supuesta identidad nacional; otras veces, se confunde con la ciudadanía.

La nacionalidad supone poseer unas formas de vida, unas tradiciones y una historia compartida que operan como marcos simbólicos de interpretación entre las relaciones y una historia subjetiva. Este significado de la nacionalidad no produce ningún problema; de hecho, hasta parece sano sentir un cierto orgullo por la nacionalidad que se tiene.

Algunos teóricos consideran que, la nacionalidad crea confianza y solidaridad entre los miembros de grandes sociedades anónimas, al mismo tiempo que no impide otras formas de lealtad<sup>6</sup>. Esto implica

---

5 El tema de cómo imaginamos a los extraños es un tema especialmente útil para comprender los desenlaces de ciertos procesos opresivos y criminales. El nazismo, por ejemplo. Pero también las prácticas discriminatorias y violentas en Sudáfrica, Estados Unidos y tantos otros países, incluido el nuestro, por supuesto. He trabajado este tema (2002).

6 David Miler es uno de los defensores más convincentes del principio de nacionalidad como garantía de lealtad para las comunidades típicas de los Estados nacionales. Una de las tres proposiciones fundamentales de su idea de nacionalidad —las otras dos refieren a la posibilidad de defender racionalmente la existencia de las naciones y a la importancia política de la autodeterminación— describe a las naciones como

que la nacionalidad genera una lealtad especial con los intereses y necesidades de los miembros del propio grupo; colabora con la tendencia natural de las comunidades a crear condiciones, para establecer sistemas de reciprocidad y tejidos de mutualidad sin los cuales la posibilidad de permanencia de la comunidad se debilita. Los defensores del principio de nacionalidad consideran que, los vínculos nacionales influyen de tal manera en la vida ciudadana que esta tendría otra forma si esos lazos no existieran. Niegan que la ciudadanía deba tener una base, exclusivamente, étnica, pero también que sea puramente cívica, pues se necesita algo más denso que eso. Afirman esto porque piensan en la existencia objetiva de recuerdos compartidos, lazos de parentesco, creencias y hábitos comunes, prácticas rituales ancestrales que, en conjunto, forman un tejido comunitario denso, una especie de mundo vital que une a las mayorías silenciosas.

Muchos nacionalistas consideran que, la vida política democrática se beneficia de la experiencia emocional y la profundidad histórica de la nacionalidad cultural; en este marco explicativo, los rasgos étnicos aparecen como una fuerza poderosa que ofrece la sensación de “intimidad cultural”, sin la cual las masas no se vincularían emocionalmente a los estados nacionales.

Algunas de estas tesis pueden ser bastante discutibles, no obstante, no propician ningún tipo de conducta, actitud o imaginario inhóspitos y agresivos.

## 8.

Los problemas comienzan cuando se confunde este dato pre-jurídico y pre-político de haber nacido en una nación con el dato jurídico y político de poseer y ejercer derechos ciudadanos. Haber nacido en una tierra y tener unas tradiciones culturales y tiene que ver con un azar incomprensible. Participar de una comunidad política, en cambio, supone el ejercicio de facultades y procedimientos ligados a la voluntad, la racionalidad y el asentimiento consentido. Sin embargo, el poder imaginario de los nacionalismos es tan fuerte que termina convenciendo de que solo los nacidos en determinado país, los nacionales que son impropriamente imaginados como iguales absolutos, tienen la suficiente racionalidad y voluntad para convivir y disfrutar plenamente de la ciudadanía. Esta es una suposición infundada que debe ser discutida y rebatida públicamente, sobre todo porque siempre existe el peligro de rebrotes nacionalistas que pretendan hacer coincidir los límites de la nacionalidad cultural con los de la ciudadanía política;

---

comunidades éticas en cuyo medio las obligaciones con los nacionales son distintas y más amplias que las obligaciones con el resto de seres humanos (1997: 26-27).

una pretensión que atenta contra la idea de una democracia pluralista en la cual lo esencial es el asentimiento a una Constitución y no a una tradición cultural.

Se pueden provocar efectos antidemocráticos, cuando se parte de una falsa equivalencia según la cual es necesario y es suficiente tener una nacionalidad para poseer los derechos de la ciudadanía. Esto provoca conductas y actitudes, no siempre evidentes ni confesas, las cuales hacen que extranjeros, que deben ser protegidos por las instituciones estatales, queden desamparados por causa de su nacionalidad. Muchos funcionarios operan con una indeseable confusión entre ser portador de una nacionalidad y ser portador de derechos. Se trata de la dificultad de aceptar que si se tienen derechos es por la condición humana, de seres racionales y autónomos, y no por el hecho de poseer una nacionalidad o una cultura.

Por eso, hay quienes argumentan que solo la voluntad política y la deliberación pueden sostener la convivencia en sociedades plurales, sin dejar de reconocer el valor de las formas de vida tradicionales y particulares; de no aceptar que cualquier valor pre-político, sea étnico, religioso, lingüístico u otro, pueda llegar a ser el principal criterio para organizar la vida social.

Los mismos modelos democráticos con fuerte participación ciudadana han echado mano de mitos y recuerdos unificadores, pero en ellos lo esencial está puesto siempre en la idea de ciudadanos que comparten una condición jurídica igualitaria y han de ser leales, en primer lugar, a la Constitución y solo después a otras realidades culturales. La ciudadanía designa la primacía de una cultura política vinculada a derechos, procedimientos y luchas, mediante los cuales el poder es ejercido, limitado, equilibrado y hasta transferido.

Solo así se hace posible proteger la pluralidad de tradiciones, formas de vida, creencias, identidades y diferencias que nos constituyen como sociedad; protegerse contra los excesos de comprensiones nacionalistas inhóspitas y excluyentes.

## 9.

El ambiguo sentido del término nacionalidad está en el centro de muchos desafíos jurídicos para los gobiernos y sociedades, que tienen que vérselas con el difícil asunto de cómo diseñar leyes positivas y construir culturas políticas las cuales respondan, de manera justa, a demandas inéditas vinculadas con derechos de residencia, salud, educación, trabajo, nacionalización. Por eso, el trabajo teórico destinado a esclarecer el sentido y los límites de la nacionalidad tiene una importancia fundamental en estos tiempos.

Extranjeros procedentes de otras naciones y culturas han estado en medio de nosotros, seguirán viajando con nosotros siempre y tienen el derecho a seguir siendo cuanto son, cuanto han elegido ser. Tienen también el deseo de ser acogidos y no sufrir daños y crueldades, añadidos al dolor de vivir y morir; tienen los mismos miedos y deseos, pues todos somos extranjeros para nosotros mismos y para los demás. Quizá por eso, conviene defender esa rara intuición, según la cual conviene imaginarse como compañeros de un difícil viaje hacia la fraternidad y la justicia.

Por eso, es necesario hablarse, conocerse, contarse, reconocerse; protegerse unos a otros, mediante leyes justas y razonables; hacer posible el difícil arte de compartir la propia historia con otros seres cuya vida está, al mismo tiempo, tan cerca y tan lejos.

La historia política y cultural de cada sociedad se debe tornar reflexiva desde el punto de vista de su justicia o injusticia, y su crueldad o su hospitalidad. Eso debe ser lo relevante en la manera como se imagina la propia nacionalidad: si los soportes contribuyen a una convivencia plural, justa y democrática en medio de otras nacionalidades o si los valores tornan crueles o dañinos a los nacionales. Se tiene que llevar al extremo la lógica del valor de la nacionalidad, si se cree verdaderamente en ella; puesto que se reclama la propia nacionalidad cultural como valiosa por lo que se ha de comprender que lo mismo sucede con quienes participan de otras nacionalidades.

La nacionalidad cultural no debe ser un impedimento para disfrutar de la ciudadanía o nacionalidad política. Sin embargo, es diferente exigir que los huéspedes respondan con reciprocidad a la acogida o eviten prácticas culturales que infrinjan el orden constitucional y legal. No obstante, no hay derecho a suponer la existencia de sujetos incapaces de convivir democráticamente, debido a que poseen una nacionalidad determinada. Tampoco se puede suponer que basta tener una identidad nacional fuerte para participar de manera razonable en los complejos procesos que deciden la vida política de una comunidad. Una vez dadas las condiciones institucionales para que alguien se integre adecuadamente a un sistema político, es evidente que la nacionalidad no opera como una garantía absoluta ni tampoco como un lastre en el ejercicio de la ciudadanía.

Frente al valor relativo de la identidad nacional, para la convivencia en sociedades culturalmente complejas y diferenciadas, resalta el peso significativo que ha de tener la existencia de una cultura pública común reflexiva y cambiante. Solo la participación y la experiencia activa en una cultura pública común, que no consagre relaciones éticas meramente tradicionales y exija la presencia periódica de debates y reflexiones acerca de las tradiciones compartidas, les puede permitir a

las personas habitar alguna vez sociedades hospitalarias, con quienes siempre han estado en medio de ellas y con quienes procedentes de otros países, se les unen.

## **BIBLIOGRAFÍA**

- Jiménez Matarrita, A. (2002). *El imposible país de los filósofos: el discurso filosófico y la invención de Costa Rica*. San José: Perro Azul; Arlekin.
- Kimlycka, W. (1996). *Ciudadanía multicultural: una teoría liberal de los derechos de las minorías*. Barcelona: Paidós.
- López de la Vieja, M. T. (2001). *Principios morales y casos prácticos*. Madrid: Tecnos.
- Miler, D. (1997). *Sobre la nacionalidad*. Barcelona: Paidós. Pp. 26-27.
- Rawls, J. (1996). *El liberalismo político*. Barcelona: Crítica.
- Rawls, J. (2001). *El derecho de gentes*. Barcelona: Paidós.
- Sandoval, C. (2002). *Otros amenazantes: los nicaragüenses y la formación de identidades nacionales en Costa Rica*. San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica.